

La Risa de Francoise Sagán

Por ROALD VIGANO

EN el alucinante lustro de vehementes repudios y no menos fervorosos apólogos que comenzó con *"Bonjour Tristesse"*, Francoise Sagán había ganado para su obra y para sí un rótulo de melancolía profunda que parecía indisolublemente identificado con ella; pero la joven escritora ha querido arrancarse ese rótulo y ha construido para ella una comedia farsesca con propósitos reideros a la que ha titulado *"Castillo en Suecia"*.

Para un tema de situaciones familiares brotadas de una general desviación de los gustos del sexo, Francoise Sagán ha desarrollado una serie de líneas argumentales de tal modo entrelazadas unas con otras que, con excepción de la abuela, todos los personajes recorren la suya acompañados en el "amor" por cualquiera menos por quien éticamente le corresponde. Así sucede que Eleonora es adúltera con Hugo, esposo de Ofelia, que lo engaña con Sebastián, hermano de Eleonora, la que a su vez juega al amor con Federico, su primo; en tanto que Agata, la aparente inmaculada, no consigue disimular su debilidad por Gunther, el viejo criado, que le devuelve senil senti-

miento a escondidas de su mujer y de la casa. Este general descarrilamiento ético no es sino el reflejo de un no menos común desconcierto síquico. Con la posible excepción de la abuela, los siete restantes Felsen y agregados políticos sostienen una conducta ilógica y absurda, cuyas manifestaciones más evidentes son el anacronismo atávico que les lleva a vestirse a la moda del setecientos y el simulacro de entierro de la mujer de Hugo, fraguado para dejar libre a éste y a Eleonora el camino del matrimonio. (¡Desconcertante escrúpulo legalista en una familia de inmorales!) Por lo demás, el clima interno general de las criaturas de la Sagán está empapado de una humedad inconsistente y escurridiza que les quita verosimilitud y universalidad. Hay en sus figuras algo de ilusión; pero no de ilusión poética sino de ilusión narcótica.

* * *

En este aire de semilocura y de adulterio a la vista, entre las grises paredes de un castillo nórdico y en medio de la fría nieve que lo rodea insalvable, se ha

sentado la Sagán a mover sus marionetas y reír con ellas. Evidentemente, es una extraña manera de divertirse. Por eso quizá el espectador ríe mucho menos de lo esperado por la autora, si es que la autora lo ha esperado. Porque el espectador medio es un personaje normal, cuerdo y lúcido, en tanto que el humor de la comedia es freudiano, negro, desigual aún en lo que tiene de cómico y, para colmo, inseguro y hasta disconforme consigo mismo.

Cuando subido Sebastián al armario, huyendo de la ira de Hugo, Federico pregunta: "¿Qué hace ahí?" y el airado le contesta: "Está viviendo sus últimos instantes", escuchamos al público reír en una de las contadísimas ocasiones en que su risa es activada por un chiste bastante bueno y, por lo menos, sano. El resto y en líneas generales es de gusto dudoso, y no acaba de alejarse suficientemente de la pornografía ingeniosa del género revisteril.

Además de freudiano, el humor de "Castillo en Suecia" es negro; va en busca de la risa por caminos tortuosos y no vacila en desdeñar los más nobles valores —siquiera sea ligeramente— para lograr su propósito, propósito que más que una finalidad elegida parece un desahogo imposible de reprimir. "¿Qué es eso de quererse y amarse?" pregunta la insoportablemente tonta Ofelia al cínico Sebastián. "Querernos —responde el hueco— es... eso que hacemos en la cama, más alguna complicación mental". El que puede ser sanísimo deseo de hacer reír no justifica recursos tan pobres y tan viles como éste.

Finalmente, aún este humor sexológico y deletéreo, que evidentemente se da en la pieza, no logra sostenerse de un modo parejo y constante, de suerte que si en

el tercer acto hay momentos bastante felices —dentro de la tortuosidad general del clima— y si el final en boca y gesto de la abuela es un hallazgo, en el segundo se hace difícil encontrar cosa que lo justifique. Y es precisamente el "¡Oh!" de la abuela con el telón cayendo lo que funda nuestra impresión de que el humor de la Sagán es un humor inseguro y descontento de sí mismo. Es esta falta de convicción —que está en el subsuelo de la intención de la autora— lo que enfría en el espectador los resortes de la risa, y deja a aquélla sola con la suya.

* * *

Confesamos que fuimos al Presidente Alvear dispuestos a reírnos y a saludar gustosos la manifestación en la Sagán de una vena cómica que le deseábamos de corazón. Pero el hecho es que su risa está enferma del mismo pesimismo esencial que nos mostrara en su lamentablemente célebre y difundida "Bonjour Tristesse". Por eso es que la risa de Francoise Sagán no hace reír. No es una risa sana; no es una risa verdadera. Y es que ningún humor verdadero y saludable puede crecer en la ética de la libertad sin condición ni alimentarse de una metafísica nihilista refugiada en la mística del sexo.

* * *

Mecha Ortiz y el elenco que la acompañó bajo la dirección de Eduardo Vega hicieron mucho por divertirse y divertir al público con esta primera muestra escénica de Francoise Sagán, que pretende ser comedia y es, en el fondo, el testimonio de un drama.